

Lección 4

Enero 6 de 1965

Problemas para el psicoanálisis, así es como espero haber situado mi propósito para este año. En últimas, ¿por qué no dije problemas para los psicoanalistas? Es que por la experiencia se constata que para los psicoanalistas, como se dice, no hay más problema que este: ¿la gente viene a psicoanálisis o no? Si la gente viene a su práctica, saben que algo pasará (ésa es la firme posición sobre la que se afianza el psicoanalista), saben que pasará algo que podría calificarse como milagroso, si se entiende ese término remitiéndolo al *mirari*, que en extremo sumo puede querer decir sorprenderse. A decir verdad, gracias a Dios existe aún en la experiencia del psicoanalista este margen en el que lo que sucede es sorprendente para él.

Un psicoanalista de los tiempos heroicos, Teodoro Reik, buena señal, acabo de recuperar su nombre propio, esta mañana se me había olvidado, cuando estaba tomando mis notas, y ya verán que esto tiene la más estrecha relación con mi tema de hoy. Entonces, Teodoro Reik tituló uno de sus libros *Der überraschte Psychologe, El psicólogo sorprendido*¹³⁶. Y es que en el periodo heroico al cual pertenece, había verdaderamente muchas más razones que hoy para sorprenderse con la técnica psicoanalítica, porque si acabo de hablar de margen es porque, paso a paso, a lo largo de las décadas, el psicoanalista ha reprimido esta sorpresa en sus fronteras. Tal vez es que ahora esa sorpresa le sirve también de frontera, es decir, para separarse de ese mundo de donde viene o no viene toda la gente al psicoanálisis.

En esas fronteras, sabe lo que sucede o cree que lo sabe. Cree saberlo porque allí ha trazado sus caminos, pero si acaso hay algo que deba recordarle su experiencia es justamente esta parte de ilusión que amenaza en todo saber demasiado seguro de sí mismo. En los tiempos de Teodoro Reik, este autor hace de la sorpresa, de la *Überraschung*, la señal, la iluminación, el brillo que le designa al analista que aprehende el inconsciente, que algo acaba de revelarse que es de este tipo, experiencia subjetiva de quien pasa de repente, y sin saber igualmente cómo lo hizo, del otro lado del decorado (eso es la *Überraschung*), y que es por esta vía, por este sendero, por esta huella que él sabe por lo menos que anda por su propio camino. Sin duda, el momento en el que comenzaba la experiencia de Teodoro Reik, tales caminos se hallaban impregnados de tinieblas y la sorpresa representaba su iluminación repentina¹. Los relámpagos, por más fulgurantes que sean, no bastan para constituir un mundo. Y veremos que allí donde Freud había visto abrirse las puertas de ese mundo, no sabía propiamente aún designar por su nombre ni las caras ni los goznes de esas puertas.

¿Acaso ha de bastar con esto para que el analista, en la medida en que pudo localizar desde entonces el desarrollo regular de un proceso, forzosamente sepa en donde está y para dónde va? Una naturaleza puede localizarse sin ser pensada y disponemos de suficientes testimonios de que muchas cosas y tal vez todo, por lo menos los fines de esos procesos localizados, siguen siendo problemáticos para él. Hoy por hoy, el asunto de la terminación del análisis y del sentido de esta terminación no se ha resuelto. Sólo lo traigo a cuento aquí

¹ Cfr. Heráclito⁶⁴, fragmento 64: τὰ δὲ πάντα οἰακίζει κεπαυνόζ [el rayo gobierna toda cosa].

como testimonio de lo que planteo sobre lo que llamo la localización que no es necesariamente una localización pensada.

Seguramente hay algo que queda seguro en esta experiencia y es que se asocia con lo que llamaremos *efectos de desanudamiento*. Desanudamiento de las cosas cargadas de sentido que no podrían llegar a desanudarse por otras vías. Ahí está el piso firme sobre el cual se establece el campo analítico. Si hago uso de ese término es justamente para designar lo que resulta de este cierre del que partí en mi discurso de hoy, al franquear o no las fronteras del campo. El psicoanalista tiene el derecho de afirmar que ciertas cosas, los síntomas, en el sentido analítico del término, que no es el de signo sino el de cierto nudo cuya forma, cuyo ajuste y cuyo hilo nunca han sido propiamente denominados más que como un cierto nudo de signos con los signos, y que es lo que propiamente hablando se halla en el fundamento de lo que se llama síntoma analítico, a saber, algo instalado en lo subjetivo que no podría resolver de manera alguna un diálogo razonable, aquí el psicoanalista le afirma a quien lo sufre, al paciente: usted sólo será liberado de eso, de ese nudo, dentro del campo. ¿Pero significa esto que para él, para el analista, hay en ello más que una verdad empírica mientras sólo la maniobre, mientras sólo la maneje en razón de la experiencia que tiene de los caminos que se trazan en las condiciones de artificio de la experiencia analítica? ¿Significa esto que todo esté dicho en ese nivel en el que él puede dar fe de su práctica en términos de *demanda*, de *transferencia*, de *identificación*? Basta con constatar el titubeo, lo impropio, lo insuficiente de las referencias que se le dan a esos términos de la experiencia.

Y basta tomar sólo el primero, el capital, la placa giratoria, la *transferencia*, para constatar que, en el texto mismo del discurso analítico, propiamente hablando, en un cierto nivel de ese discurso, puede decirse que quien opera no sabe para nada lo que hace. Porque el residuo en cierta forma irreductible que queda en todos esos discursos, que concierne a la transferencia en la medida en que lo único que ha logrado por ahora (no más que el lenguaje común, que el lenguaje corriente) es lo que de eso ha podido pasar a la representación común como relación afectiva –mientras ésta no sea eliminada- puesto que el único sentido de afectivo es irracional, se sabrá, sobre uno de esos términos, la transferencia (y no necesito aquí volver sobre los demás, se espesan progresivamente las tinieblas a medida que se avanza hacia el otro término de la serie, la identificación), que no se ha captado nada, que no se ha teorizado nada de una experiencia, por más seguras que estén las reglas y los preceptos acumulados hasta aquí. No basta con saber hacer algo, moldear una vasija o esculpir un objeto, para saber en qué se trabaja.

De ahí la mitología ontológica respecto a la cual se llega con justa razón a atacar al psicoanalista cuando se le dice: esos términos a los que usted se refiere y que, a fin de cuentas orientarán hacia ese lugar de confluencia confusa de la tendencia... ya que, en la filosofía común del psicoanálisis, es a eso a lo que se remitirá, por último y de manera errada, la pulsión. Ahí está, pues, aquello sobre lo cual trabajan ustedes. Ustedes entifican, entifican una propiedad inmanente con algo sustancial: su hombre... antropología del analista... hace rato que conocemos esta vieja ούσία, esta alma, ahí siempre bien viva, intacta, no abordada. Pero el analista, para no nombrarla exactamente por su nombre salvo con vergüenza, se refiere sin embargo a ella en su pensamiento, con lo cual queda expuesto, con justa razón y todo derecho, a los ataques que ya saben de dónde le vienen, un poco de todos los lugares en los que el pensamiento tiene la capacidad y el derecho de reivindicar que resulta inadecuado hablar del hombre como de un dato; que el hombre, en numerosas

determinaciones, que le resultan tanto internas como externas, en otras palabras, que se le presentan como cosas, como fatalidades, que el hombre no sabe que se halla en el centro de esas pretendidas cosas, de esas pretendidas fatalidades; que es desde una cierta relación inicial, relación de producción, de la cual él es resorte, que se determinan esas cosas, sin duda a espaldas suyas, a pesar de ser de su linaje.

Hay que determinar si, al alcanzar con lo que enseñó a quienes ponen en duda de esta manera, con toda razón, los estatutos dados, naturales del ser humano, hay que determinar si, al hacer las cosas de esta manera, favorezco (como se me reprochó recientemente, reproche que provenía de alguien muy cercano) la resistencia de quienes aún no han pasado la frontera, de quienes no han llegado al análisis, o si la verdad de lo que aporta el análisis puede ser o no un acceso para entrar en él; si, con una cierta forma de rechazar que un discurso englobe la experiencia no es posible que por el hecho de una determinación primordial del hombre a través del discurso, si al hacerlo así, al abrir la posibilidad de que se hable del análisis por fuera del campo analítico, favorezco o no la resistencia al análisis o si la resistencia de que se trata no es, desde adentro, la resistencia del analista a abrir su experiencia a algo que la comprenda.

Nuestro arranque, nuestra base, que no es una base cerrada, es el sujeto que habla. Lo que aporta el análisis es que el sujeto no habla para decir sus pensamientos; que no hay el mundo, el reflejo intencional o significativo en cualquier grado, ese personaje grotesco e infatuado que estaría en el centro del mundo predestinado desde siempre a dar su sentido y su reflejo... Vean eso, ese puro espíritu, esta conciencia anunciada desde siempre estaría ahí como un espejo y vaticinaría. ¿Cómo podría suceder, volvamos siempre sobre esto, que vaticine en un lenguaje que precisamente le obstaculiza, a sí misma y a todo momento, la manifestación de lo más seguro que experimenta de su experiencia, tal como lo manifiesta claramente la contradicción ceñida por los filósofos entre la lógica y la gramática? Ya que se quejan de que es la gramática lo que mancha su lógica, cómo es posible que estén tan apegados desde siempre a hablar en un lenguaje gramatical con partes del discurso que fundan, como ellos mismos cuando reflexionan, los puros espejos; con partes del discurso en los que constatan que, esas partes son lo que mancilla su lógica, y que si se fían de ello, ¡justamente en ese momento es cuando se meten el dedo en el ojo!

Tenemos una experiencia, una experiencia que prosigue todos los días en el consultorio de cada analista (no importa en absoluto que lo sepa o no), una experiencia que nos evita recurrir a ese rodeo por la crítica filosófica en tanto que da fe de su propio atolladero, una experiencia con la que palpamos que es el hecho de que hable, el sujeto, el paciente..., de que hable, es decir, que emita esos roncós o suaves sonidos a los que se llama *material* del lenguaje que ha determinado primero el camino de sus pensamientos, que tanto lo ha determinado ante todo, y de una manera tan original, que la lleva en su piel como un animal marcado, que se lo identifica primero por ese algo amplio o reducido, pero se da uno cuenta ahora de que es mucho más reducido de lo que se cree, que una lengua cabe en una hoja grande de papel como esta con la lista de su fonemas, y bien puede uno continuar intentando conservar los viejos clivajes y decir que hay dos niveles en la lengua: el nivel que no significa es el de los fonemas y los demás que significan son las palabras.

Pues bien, hoy estoy aquí para recordarles que las primeras aprehensiones de los efectos de lo inconsciente fueron realizadas por Freud entre los años 1890 y 1900. ¿Qué fue lo que le dio su modelo? Artículo⁴⁸ de 1898 sobre el olvido de un nombre propio, el olvido de un

nombre de Signorelli como autor de los célebres frescos de Orvieto. Les señalaré que el primer efecto manifiesto, estructurante para él, para su pensamiento, y que abría la vía, no se produjo, y Freud lo puntualizó perfectamente, lo articuló de una manera tan fundamentada en este artículo, que ya saben ustedes que fue retomado al comienzo del libro de la *Psicopatología de la vida cotidiana*⁵⁰ que debía ser publicado unos seis años después. Fue de ahí que volvió a partir, porque es allí donde se originaba su experiencia.

¿Qué es lo que se larga en este olvido? ... que se llama olvido. Y desde los primeros pasos ven bien que en lo que hay que poner atención siempre es en la significación, dado que, por supuesto, el olvido freudiano no es un olvido, es una forma de la memoria, y hasta su forma más precisa. Entonces, más vale desconfiar de palabras como olvido, *vergessen*. Digamos, un hueco. ¿Qué fue lo que se largó por ese hueco? Son fonemas. Lo que le falta no es Signorelli por ser Signorelli quien le recordaría cosas que se le atragantan. Justamente no hay nada que reprimir, ya lo verán, está articulado en Freud. Él no reprime nada, sabe muy bien de qué se trata y por qué Signorelli y los frescos de Orvieto lo han conmovido profundamente; esas cosas se emparentan con lo que más le preocupa: el vínculo de la muerte con la sexualidad. No se reprime nada, pero lo que se larga son las dos primeras sílabas de la palabra Signorelli, y enseguida dice, puntualiza: eso es lo que más se relaciona con lo que vemos, con los síntomas, y en ese momento tan sólo conoce los síntomas de la histérica. Es en el nivel del material significante que se producen las sustituciones, los deslizamientos, los juegos de manos, los escamoteos con los que hay que enfrentarse cuando se está por la vía, por la huella, de la determinación del síntoma y de su desanudamiento. Sólo que, en ese momento... aun cuando todo su discurso está ahí dándonos fe de que se encuentra a tal punto en el meollo de lo que se trata en el fenómeno que, no deja de acentuar como puede en todos rodeos de qué se trata, dice: en ese caso, es una *äußerlichen Bedingung*, una determinación del exterior.ⁱⁱ Secundariamente, en un retomar de su pluma dirá: se me podría oponer que hay (lo cual prueba hasta qué punto siente claramente la diferencia entre dos tipos de fenómenos que podrían diferenciarse allí), que allí podría haber en el interior, en efecto, alguna relación entre el hecho de que se trate de un tropiezo con el nombre de Signorelli y el hecho de que Signorelli arrastra consigo, dados los frescos de Orvieto, ya que de eso se trata, arrastra consigo muchas cosas que pueden interesarme un poco más de lo que yo mismo creo. No obstante, dice, se me podría oponer, objetárseme, pero es todo lo que puede decir porque sabe bien que no hay tal, y vamos a tratar de ver, de entrar más profundo en el mecanismo y demostrar cómo ese caso princeps, ese modelo primero surgido en el pensamiento de Freud de algo inicial para nosotros, crucial, vamos a ver más en detalle cómo hay que concebirlo, qué aparatos se nos imponen para poder dar cuenta exactamente de aquello de que se trata.

El hecho de que nosotros dispongamos para ello de cierta ayuda, por el hecho de que desde entonces hay algo que hemos aprendido a manejar como un objeto y que se llama el sistema de la lengua, por supuesto, es una ayuda para nosotros, pero sorprende tanto más el hecho de que el primer testimonio de Freud, de su discurso, cuando aborda este campo, deja completamente en reserva, deja esbozado claramente, que no hay absolutamente nada que agregar a su discurso, sólo queda agregar, aquí, *signans* y *signatum*. Aquí es donde seguramente toma bastante interés la función del nombre propio, tal como ya les anuncié

ⁱⁱ una condición externa (extrínseca) [N. del T.].

que me vería llevado a servirme de ésta. Esta noción del nombre propio toma su interés del privilegio que ha conquistado en el discurso de los lingüistas.

Alégrese aquellos que constituyen la mayoría de mi auditorio hasta el presente, la más *ad hominem*, alégrese, analistas, ¡no sólo ustedes pasan apuros con el discurso! Justamente son ustedes hasta los más protegidos de eso. Los lingüistas, prefiero decírselos, no se las arreglan tan fácilmente con ese nombre propio. Sobre ese tema se ha publicado una cantidad considerable de obras que son para nosotros, que deberían ser para nosotros bastante interesantes de escrutar, en el sentido propio del término, de tomar parte por parte, con notas. Como no puedo hacerlo todo, me gustaría por ejemplo que alguien se encargara en las llamadas sesiones cerradas que reservo para este curso durante este año, para intentar reintroducir aquí la función del seminario. Un libro, por ejemplo de Viggo Brøndal sobre *Les parties du discours*²⁰ [Las partes del discurso], excelente libro publicado en Copenhague por Munksgaard [1948], otro de una señorita Sørensen, bien simpático, que se llama *The meaning of proper names*¹⁴⁷, igualmente publicado en Copenhague...

Hay lugares en el mundo donde uno puede ocuparse de cosas interesantes, pero no consagrarse enteramente a crear la bomba atómica. Y por otra parte está *The theory of proper names* de Sir Alan H. Gardiner⁵⁹ [1954], egiptólogo bien conocido, publicado en Oxford University Press. Este es particularmente interesante y, diría yo, fenomenal, pues es en verdad un compendio, una especie de punto concentrado, de lo que puede llamarse el error, el error consumado, evidente, aparente, desplegado, sobre el tema de los nombres propios.

Este error, como muchos otros, tiene su origen en los caminos de la verdad, a saber, que parte de un pequeño comentario que hallaba su sentido por los caminos de la *Aufklärung*. Señala él que John Stuart Mill¹⁰⁰, cuando instituye una diferencia fundamental en la función del nombre en general, hasta ahora nadie ha dicho qué es el nombre, y sin embargo se habla del nombre, del nombre en general; tiene dos funciones: denotar o connotar. Hay nombres que implican en sí posibilidades de desarrollo, especie de riqueza que se llama *definición* y que los remite en el diccionario de nombre en nombre indefinidamente. Eso, connota. Y además hay otros que están hechos para denotar. Llamo por su nombre a una persona aquí presente, en la primera fila o en la última. Aparentemente, eso no le concierne más que a ella. Lo único que hago es denominarla. Y a partir de ahí definiremos el nombre propio como algo que sólo interviene en la nominación de un objeto en razón de las virtudes propias de su sonoridad; que, además de este efecto denotativo, no tiene ningún tipo de alcance significativo. Esto es lo que nos enseña el señor Gardiner.

Por supuesto, esto sólo tiene inconvenientes menores, por ejemplo forzarlo, por lo menos en un primer tiempo, a eliminar todos los nombres propios (son muchos) que tengan un sentido en sí mismos. *Oxford*, pueden cortarlo en dos y da algo, que se relaciona con algo que tiene que ver con el buey y así sucesivamente [...] tomo sus propios ejemplos. *Villeneuve*, *Villefranche*, todo eso son nombres propios, pero al mismo tiempo eso tiene un sentido. En sí mismo esto podría intrigarnos. Pero, por supuesto, se dice que es independientemente de esta significación que tiene, que sirve, como nombre propio. Desafortunadamente, salta a la vista que si un nombre propio no tuviese ningún tipo de significación, cuando yo le presento alguien a alguien más, pues no sucedería absolutamente nada de nada. Sin embargo es claro que si yo, me presento ante ustedes como Jacques Lacan, digo algo, algo que enseguida implica para ustedes un cierto número

de efectos significativos. Primero porque yo me les presento en un cierto contexto; si estoy en una sociedad, es que en esa sociedad no soy un desconocido. Por otra parte, desde el momento en que me les presento, Jacques Lacan, queda eliminado enseguida que se trate de un Rockefeller por ejemplo, o del conde de París. Ya hay un cierto número de referencias que vienen enseguida con un nombre propio. Bien puede suceder también que ya hayan oído mi nombre en alguna parte. Por supuesto entonces, eso se enriquece. Decir que un nombre propio, para decirlo todo, no tiene significación, es algo burdamente errado. Implica consigo, por lo contrario, mucho más que significaciones, toda una especie de suma de advertencias. En ningún caso puede uno designar como un rasgo distintivo suyo ese carácter de arbitrario o convencional, por ejemplo, porque es propiedad por definición de todo tipo de significante; en lo cual mucho se ha insistido, de hecho torpemente, sobre esta cara del lenguaje, cuando se acentúa que así es arbitrario y convencional. En realidad, a lo que se apunta es a otra cosa, de lo que se trata es de otra cosa.

Aquí es donde toma valor ese modelito que, bajo diferentes formas aunque en realidad siempre las mismas, agito ante ustedes (hablo de quienes son auditores míos en este lugar desde mi curso de este año y que otros conocen bien desde hace mucho tiempo), mi banda de Moebius, mi botella llamada de Klein de la última vez. Es de eso que se trata, es de eso que retorna, es de un modelo, de un soporte que no es justo considerarlo como dirigiéndose sólo a la imaginación, ya que primero quise, si puede decirse, hacérselos captar con las entendederas, algo aquí, allá, detrás de la frente, que justamente se caracteriza por el hecho de que no se comprende... y ahí es donde Freud, en sus primeros ensayos, ponía sus manos sobre la cabeza de la paciente cuya resistencia precisamente quería levantar. Era una de las formas primitivas de esta operación. No es tan fácil operar, ahí, con esos modelos topológicos. No me es más fácil a mí que a ustedes. A veces ocurre que, cuando me encuentro solo, me enredo. Naturalmente, cuando llego ante ustedes, he hecho ejercicios.

Entonces, para retomar mi esquema de la última vez, esa especie de medusita, ese pequeño nautilus flotante, bajo el cual me han dejado todo tipo de figuras que deben aclararles mucho a ustedes la situación.

¿Se alcanza a ver?

Si les esquematicé así la última vez esta botella de Klein (es decir, tal como los matemáticos, que no son mala gente, creyeron deber soplar esta botella de Klein, si puedo decirlo, para entretenimiento del público), si se las represento así, exactamente en todo como lo hacen los matemáticos, puesto que existe toda una cara de los matemáticos que, de buena gana, se introduce por vía de la recreación. Una botella de Klein no es complicada, pueden mandarla hacer... Hasta proponía alguien que pusiésemos un almacencito aquí

a la entrada, donde cada cual pudiese procurarse su botellita de Klein. Sería un signo de reconocimiento. No cuesta mucho una botella de Klein, sobre todo si se piden muchas.

Como ya les expliqué, es una botella, es esta, una botella cuyo gollete habría entrado al interior para ir, ya se los explique, a insertarse en el culo de la botella. Y si, además, soplan un poco en

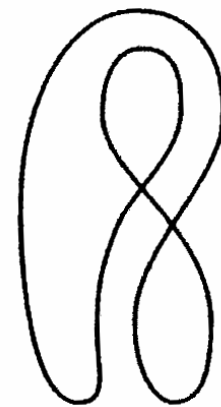


Fig. IV-1

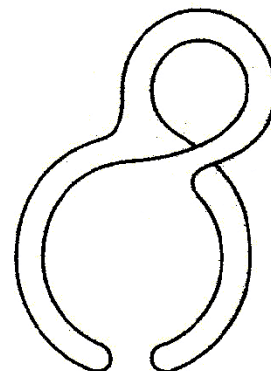


Fig. IV-2

ese gollete introducido, obtienen entonces ese muy, muy bonito esquema de una doble esfera, donde una comprende a la otra y como espero que la última vez lo hayan oído, esto resulta particularmente adecuado para hacer que, en cierta forma, palpen de la manera más original qué ventaja pudo encontrar tan pronto el hombre para su modelo en esta doble y conjugada imagen del microcosmos y del macrocosmos. A saber, que para mí sería un juego, al que desafortunadamente no tengo el tiempo de entregarme, se los esbozo, mostrarles por ejemplo la primera astronomía china, que es genial, se los aseguro, la que se llama astronomía del Kai Thien, que estaba compuesta por una tierra formulada de esta manera [figura IV-3], un cielo que la recubría como una taza sobre una taza, cielo cuyas raíces supuestamente se hundían en algo que más bien se tendía a considerar como acuoso, y que se asentaban a la manera como sobre el agua se asentaría una taza volteada. Esto ofrecía, más que la ubicación muy exacta de un cierto número de coordenadas geográficas y astronómicas, toda una concepción del mundo. El orden, el orden tanto de los pensamientos como de las cosas y el orden de la sociedad eran... se inscribían enteramente, de manera más o menos analógica, homológica, respecto a lo que tal esquema permitía marcar respecto a las relaciones de lo que podría llamarse las coordenadas verticales, las coordenadas respecto al acimut y con las coordenadas ecuatoriales. Si se estaba en China, por supuesto, el polo norte venía a ubicarse más o menos así, como un gorro inclinado, y por otra parte el polo del eclíptico, se sabía perfectamente que era diferente, venía a marcarse al lado. Esto podía prestarse para todo tipo de diferenciaciones, de analogías, se los dije, de inter-nudos clasificatorios, y de correspondencias donde cada cual podía volver a hallar su lugar con mayor comodidad que en otra parte.

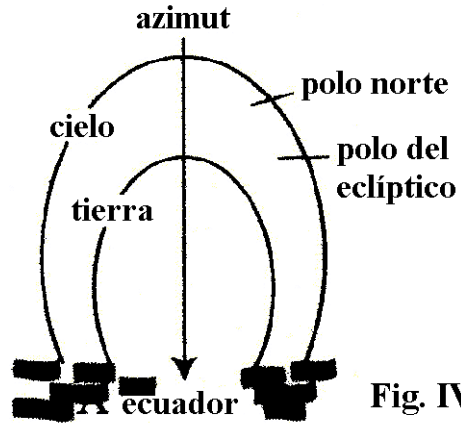


Fig. IV-3

Ese esquema fundamental (les hago intervenir la astronomía china, es un ejemplo), ese esquema fundamental lo volverán a hallar siempre y en todos los niveles de metamorfosis de la cultura, más o menos enriquecido pero sensiblemente el mismo; más o menos magullado, pero con la mismas salidas, quiero decir, salidas necesarias siempre más o menos camufladas puesto que, aquí por supuesto [en A] no se sabe qué sucede pero, como en la base de la experiencia analítica puede uno igualmente dejar de saber lo que sucede, a saber, dónde está el punto de sutura, el punto de la sutura entre lo que yo podría llamar la piel externa del interior y lo que podría llamar la piel interna del exterior.

Sin duda el análisis, les he dicho, nos ha enseñado un cierto camino de acceso al “entre dos”, una cierta manera que puede tener el sujeto de hacerse ajeno respecto a su situación al interior de esas dos esferas, la esfera interna y la esfera externa, puede llegar a meterse en el “entre dos”, lugar extraño, lugar del sueño y del *Unheimlichkeit*.

En suma, si me permiten cortar por lo sano, diría que el asunto es el siguiente. Una vez que hayan tenido entre sus manos una botella de Klein, y tal vez sería ésta en efecto una razón para propagar el modelo de esta botella, podrán echarle agua por el único orificio

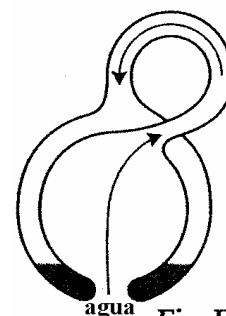


Fig. IV-4

que presenta, para ustedes que la tienen como un objeto. Pasará entonces aquí, por este cuellito de cisne y llegará a alojarse así en este “entre dos”, realizando un cierto nivel. Con la operación inversa, podrán hacer que salga cierto número de sorbos, hasta podrán beber en esta botella, pero verán que es maliciosa porque una vez introducida el agua en su interior, no es así de fácil sacarla toda.

Aquí pasamos al plano de la metáfora. En últimas ¿qué es ir a explorar el campo del sueño o de la extrañeza en el análisis? Es ir a darse cuenta de lo que quedó atrapado, si puede decirse, entre esas dos esferas, de una significación, de un significado, que primero... con el que primero se hizo ahí la mezcla. Se vuelve a poner significado en circulación; se trata de saber para qué. Si nos confiamos en la ayuda que espero de esta pequeña imagen, debería ser pura y simplemente para evacuarla; no es para volverla a meter en su interior. No es para hacernos a una nueva alma con esta alma, que ya nos estorbaba lo suficiente con ese balanceo que resistía (como no sabemos exactamente ni el modo ni el equilibrio ni los estrangulamientos de esta vacuidad) jugaba como un lastre absolutamente inmanejable. Ya que basta con complicar un poquito esta figura (se los dejo a su fantasía y a su imaginación) para que vean que, por supuesto, sólo si se le inscriben compartimentitos puede hacerse de éste un instrumento con una estabilidad particular, por ejemplo un instrumento que baste con inclinar un poquito para que enseguida se precipite y se vuelque al piso.

La meta, el objetivo de la evacuación de la significación es no obstante claramente el primer aspecto sugerido por la mira de nuestra experiencia. Hasta cierto grado, ¿cómo es posible que no se produzca más fácilmente? Es en razón de las propiedades engañosas de la figura. Voy a intentar explicarme, hacerles comprender lo que quiero decir en esta ocasión. Esta figura, la botella de Klein aquí dibujada, se presenta justamente bajo un aspecto engañoso porque es el aspecto bajo el cual efectivamente la estructura nos engaña, es el aspecto bajo el cual parece que nuestra conciencia, que nuestro pensamiento, que nuestro poder de significar duplica, como un doblez interno, lo que lo envolvería, con lo cual ya no tienen sino que voltear el objeto para crear esta idea del sujeto del conocimiento que, inversamente, envuelve, éste, al objeto del mundo que propone.

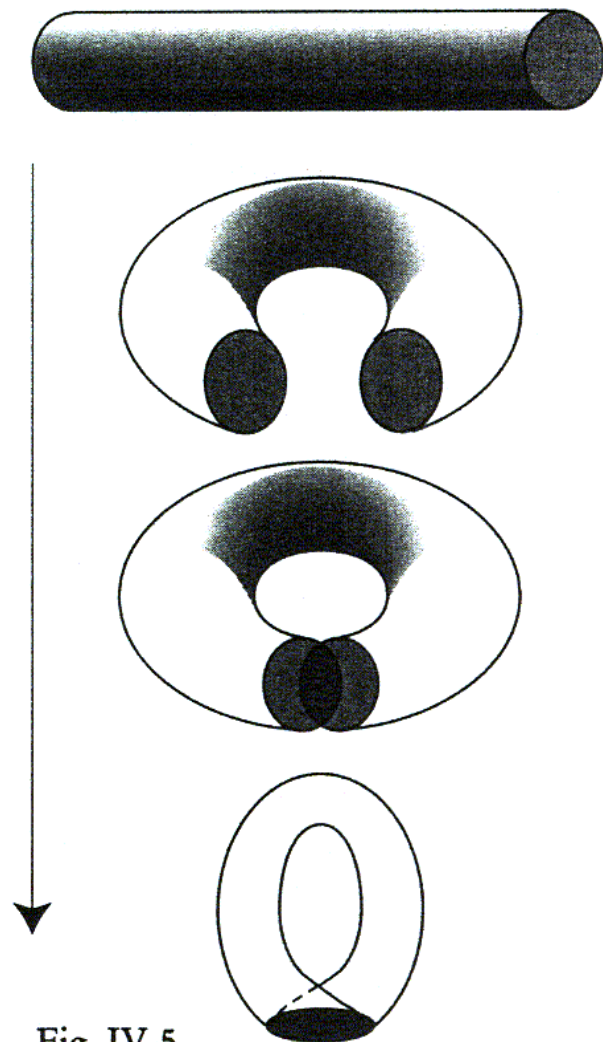
Sólo que, cuando hace poco decía que eso no es avanzar algo que sea del orden intuitivo, que eso mismo no es el esbozo de una nueva estética trascendental, cuando los invitaba antes bien a desconfiar de las propiedades imaginativas de lo que impropiamente llamé el *modelo*, es porque, una botella de Klein de verdad, si me atrevo a expresarme así, introduciendo por primera vez aquí la palabra *verdad*, y en el nivel donde conviene, una botella de Klein de verdad no toma esta forma, esta forma con la que se las figuré burdamente en el tablero, a saber, para claridad, con una forma en corte transversal y que, naturalmente imaginan ustedes, si puedo decirlo, con su volumen, lo cual quiere decir con su redondez, hacen ustedes que cada una de las partes gire en torno a sí misma, hacen que se “cilindrifique”, lo cual les permite ver. Sólo que, vean, una superficie topológica es algo que exige que se distinga entre dos tipos de sus propiedades, las propiedades inherentes a la superficie y las propiedades que toma por el hecho de que, esta superficie, la ponen ustedes en un espacio, real éste, de tres dimensiones.

Igualmente... igualmente, todo lo que puede ilustrarse aquí sobre la significación fundamental de la relación microcosmos/macrocósmos sólo tiene sentido por el hecho de que las propiedades subjetivas inherentes a esta topología están inmersas en el espacio de la representación común de lo que se llama comúnmente *intersubjetividad*, pero sobre la cual

oí durante años a un cierto número de personas, que supuestamente trabajaban conmigo, hacer gárgaras desde el fondo de la garganta, creyendo que en esa palabra *intersubjetividad* agarraban el equivalente de mi enseñanza, que lo que constituye el fundamento del misterio y la esencia de la experiencia psicoanalítica es el hecho de que un sujeto comprenda a otro sujeto, que un vizconde se encuentre con otro vizconde, que un gendarme se encuentre con otro gendarme. La dimensión de la intersubjetividad nada tiene que ver con el asunto que estamos tratando de elucidar. Podemos intentar acercarnos a la *verdadera forma*, siempre para comodidad de ustedes, metiéndola en nuestro espacio de tres dimensiones. Pero ya verán lo que les sugeriré, en lo relativo a los impasses que conciernen a nuestra experiencia, por vías muy diferentes.

¿Qué es, en su esencia, esta botella de Klein? Es simplemente algo que linda mucho con un toro, quiero decir, un cilindro que curvan para que se junte por la sutura de los dos cortes circulares que terminan ese cilindro truncado (porque ése es uno), con lo cual harán lo que se llama un anillo. En vez de eso, supongan que están tratando de transformar ese cilindro truncado en toro, que dejen abierto aquí el corte circular, pero que el otro corte circular que se trata de suturar, lo lleven, así como se los ilustra ese dibujito, de manera que la dejen abierta, o de manera que la sutura, que la costura (recuerden sus prácticas caseras), que la costura se haga, si puede decirse, desde el interior, de tal manera que... si quieren, tómenlo por debajo aquí, el exterior de la parte de abajo vendrá a juntarse, a casar con el interior de la otra parte de abajo, y lo mismo aquí, del otro lado. ¿Qué obtienen entonces? Si no lo sumergen en el espacio de tres dimensiones de la intersubjetividad común, obtendrán algo que al mismo tiempo es abierto y cerrado, puesto que esas superficies sólo se atraviesan por el hecho de que ustedes se encuentran en un espacio de tres dimensiones. Por el hecho de su propiedad interna de superficie, no se necesita suponer para nada que se atraviesan para acabar en este estado de sutura.

Es exactamente el mismo esquema que les recordé cuando, representándoles la forma fundamental de una superficie de Möebius, que es esa especie de lámina tal como pueden representarla tomando una simple banda y anudándola consigo misma tras una simple media vuelta,... sólo podrán cerrarla con una superficie que coincida consigo misma, y si esta superficie no coincide consigo misma, la superficie de Möebius la atravesará. Esta es una necesidad que está implicada en la inmersión en el espacio de tres



49 Fig. IV-5

dimensiones pero no define de ningún modo las propiedades de la superficie en sí mismas.

Me dirán ustedes: ¿estamos en el espacio de tres dimensiones! Pues bien, en efecto, ¡adelante! También en el espacio de tres dimensiones esta estructura tiene una cualidad privilegiada que la distingue de otra, y que es esta: lo que viene a ocupar en mi esquema el contorno de esta entrada, de este hueco, de este orificio que le da su especificidad (y que hace de esta una superficie desde la cual las cosas no son orientables

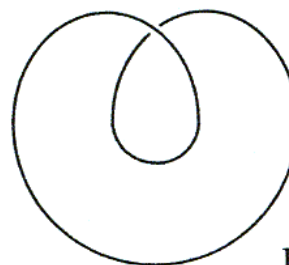


Fig. IV-6

porque siempre pueden pasar del derecho al revés), el lugar de esta abertura es esencial, estructurante para las propiedades de la superficie: puede ser ocupado por cualquier punto de la superficie, y les bastará con un poco de imaginación para ver que, contrariamente a un anillo, a un toro que lo único que puede hacer, de cierta forma, es girar sobre sí mismo (pueden hacer que se quede en el mismo lugar pero gira todo su tejido), muy al contrario, aquí es en cada lugar del tejido que puede producirse, con un ligero deslizamiento, este anillo de falta que le da su estructura.

Esto es lo que, hablando con propiedad, intentamos considerar hoy respecto al fenómeno llamado del olvido del nombre propio. La tesis es la siguiente: todo lo que los teóricos y particularmente los lingüistas han intentado decir sobre el nombre propio tropieza en torno al hecho de que seguramente es más especialmente indicativo, denotativo que otro, pero que se está en la incapacidad de decir en qué lo es. Que, por otra parte, tiene justamente frente a los demás esta propiedad, al mismo tiempo en que aparentemente es el nombre más propio para algo particular, de ser justamente lo que se desplaza, lo que viaja, lo que se lega y, para decirlo todo, si yo fuera entomólogo, ¿qué es lo que más desearía en el mundo sino ver un día una tarántula que llevara mi nombre? ¿Qué puede querer decir esto? ¿Por qué el nombre propio, al mismo tiempo que es supuestamente esa parte del discurso que tendría características que la especificaría enteramente, por qué justamente se lo puede emplear (contrariamente a lo que dicen en este caso, ya que no puede uno imaginar a qué tipo de deslizamientos de la pluma pudo arrastrar a los lingüistas semejante tema) puede emplearse perfectamente en plural, como todo el mundo sabe? Se dice los Durand, los Pommodore, lo que quieran, los Brossabourg en Courteline, ¿se acuerdan? *El honor de los Brossabourg*²⁶, [...]. Un nombre puede emplearse verbalmente, en función de verbo, en función de adjetivo, hasta de adverbio como algún día tal vez les haré palpar.

¿Qué es ese nombre propio, en la ambigüedad de esta función indicativa, y que parece hallar compensación en el hecho de que sus propiedades de remisión no son específicas (aun cuando lo sean) del campo significativo, se vuelven propiedades de desplazamiento, de salto? A ese nivel hay que decir, como lo creo, que es a eso que llega Claude Lévi-Strauss, en su pensamiento y en lo que articula, en el capítulo “Universalización y particularización”, del capítulo “El individuo como especie” en *El pensamiento salvaje*⁹⁶. Él intenta integrar, mostrar, que el nombre propio no vincula nada más específico que el uso conscientemente clasificatorio que éste le da a las categorías en sus oposiciones para que, en el pensamiento, en su relación con el lenguaje, éstas determinen un cierto número de oposiciones fundamentales, de entrecruces fundamentales, de clivajes que en cierta forma le permiten al pensamiento salvaje volver a hallar exactamente el mismo método que el que da Platón, por ser aquel, fundamental, de la creación del concepto y a fin de cuentas

nuestro nombre sólo habría de insertarse como el último término de ese proceso clasificatorio, el que ajusta las cosas lo suficiente como para alcanzar al individuo como un punto precisamente particular de la especie. Está claro, les ruego que se remitan a esos capítulos, que en el movimiento mismo de elucidación que es en el que Claude Lévi-Strauss se empeña, encuentra el obstáculo, y lo designa. Lo designa... lo designa propiamente hablando en el hecho de que se encuentra con la función del dador del nombre. El nombre propio es un nombre que es dado. Por el padrino, dirán ustedes, y en efecto esto podrá bastarles, si se resuelven a hacer del padrino el *algún otro*. Sólo que, no sólo está el padrino, también hay todo tipo de reglas, hay momentos, hay toda una configuración que es una configuración del intercambio y de la estructura social, y aquí es donde Claude Lévi-Strauss se detendrá a decir, a decir con toda razón, que el problema del nombre propio no podría tratarse sin introducir una referencia ajena al campo propiamente lingüístico; que no se lo podría aislar como parte del discurso por fuera de la función, del uso, que lo define.

Precisamente contra esto pondré aquí reparos desde otro registro. Es igualmente falso decir que el nombre propio es, ahí, el ajuste, la reducción al nivel del ejemplar único (con el mismo mecanismo con el que se pasó del género a la especie y con el cual progresó la clasificación), es tan falso hacerlo, y tan peligroso, y conlleva consecuencias tan graves como llegar a confundir, en la teoría matemática de conjuntos, lo que se llama un subconjunto que sólo comprende un solo elemento con ese objeto mismo. Y aquí es donde quienes se equivocan, los que cometen el error, los que se internan bien lejos y perseveran en su error acaban por convertirse para nosotros en un objeto de demostración. Bertrand Russel identificó a tal punto el nombre propio con el denotativo y con el indicativo que terminó diciendo que el demostrativo, el demostrativo *that*, como lo dice en su lengua, este, es el nombre propio por excelencia. Se pregunta uno por qué no llama a ese punto *x*, en el tablero que le es familiar, por qué no lo llama Antonio por ejemplo, y Honorine a ese cabo de tiza. ¿por qué esa especie de consecuencia nos resulta enseguida tan absurda? Hay varias maneras de llevarlos por la vía por la que quiero llevarlos y primero, por ejemplo esta, que puede saltar a la vista enseguida; esto no se le ocurrirá a nadie porque ese punto, por definición, si lo pongo en el tablero por aquí, en una demostración matemática, es justamente en la medida en que ese punto es esencialmente reemplazable, y es por eso también que nunca llamaría yo Honorine a ese cabo de tiza, y en cambio podría darle ese nombre a lo que Diderot llamaba *mi vieja bata*³⁴.

Esto sólo es un *hint* que hace intervenir la función de lo reemplazable. Y al mismo tiempo, en vez de, y por hoy (dada la hora) dar enseguida el salto que nos permitiría tal vez articular mejor, encadenar la próxima vez, les diré que no es como ejemplar de la especie ajustado como único, a través de un cierto número de particularidades, como ejemplares que puedan ser, que lo particular es denominado por un nombre propio; en ese sentido es que es irremplazable, es decir, que puede faltar, que sugiere el nivel de la falta, el nivel del hueco, y que no es como individuo que me llamo Jacques Lacan, sino como algo que puede faltar, con lo cual ese nombre irá ¿hacia que? A recubrir otra falta. El nombre propio es una función volante, si puede decirse, como cuando se dice que hay una parte del personal, del

personal de la lengua en este caso, que es volanteⁱⁱⁱ; está hecho para colmar los huecos, para darle su obturación, para darle su cierre, para darle una falsa apariencia de sutura.

Por eso es que... perdón, ya es bastante tarde como para que pueda hoy hablar mucho tiempo más, pero tal vez eso sólo sea ocasión para que ustedes, y Dios mío, cuán fácil de cumplir, vayan al texto que concierne a este olvido del nombre propio. ¿Qué verán allí? Verán algo que se ilustrará mucho mejor si parten de la noción de que el sujeto es inherente a un cierto número de puntos privilegiados de la estructura significante y que en efecto (esa es la parte de verdad en el discurso de Gardiner) han de ponerse a nivel del fonema. Con lo cual, conviene dar todo su peso a esto: que si Freud no evocó el nombre de Signorelli, lo dice, fue por circunstancias en apariencia absolutamente exteriores, absolutamente caducas, absolutamente contingentes. Se encontraba con un señor en un carro que lo llevaba a Ragusa hacia un lugar donde debía retomar la vía férrea. ¿De qué se hablaba? Se hablaba de cierto número de cosas, y luego hay cosas que no se dicen. ¿Y por qué no se las dice? Es lo que veremos. ¡Seguramente no se las dice porque se la reprime!, lejos de ahí. Entonces está hablando con este hombre cuyo nombre hasta conocemos gracias a la curiosidad de los biógrafos (es un señor Freyhau^{iv}, legista u hombre de leyes en Viena) y se habla de esto y aquello, y particularmente, cuando Freud evoca... evoca lo que le contó recientemente un amigo, al evocarlo, habla de la gente de esa tierra, que no es precisamente la que están atravesando, ya que están en Dalmacia, pero que no está lejos, es Bosnia, es Bosnia que conserva aún todas las huellas de una población musulmana (Bosnia le había sido arrancado al imperio otomano no hace tanto tiempo), Freud señala hasta qué punto esos campesinos son ¿qué? respetuosos, deferentes, excelentes frente a quien se encarga de su salud, en resumen, ante quien hace de médico ante ellos, y al evocar lo que le contaba a este amigo (de cuyo nombre también disponemos, esta vez gracias a Freud, en las notas del artículo de 1898 del que les hablaba hace poco, que esa gente, cuando uno se ve llevado a decirle que seguramente su pariente que está ahí en su camastro va a morir, “¡Herr!”, dice el campesino bosnio, “¡Señor!”... pero con la nota de reverencia que (en un país de estructura social arcaica) implica ese nombre, el acento de buen grado sobre señor “Herr, bien sabemos que si hubieras podido hacer algo, seguramente estaría hecho, estaría curado, pero ya que no puedes, que pasen las cosa como quiere Dios, es en últimas, ¡es la voluntad de Alá!”.

Eso es lo que cuenta Freud. ¿Y qué es lo que no cuenta? Él no relata cosas, dios mío, que no se cuentan así a cualquiera, y menos especialmente a alguien ante quien acaba uno de levantar aunque sea un poquito la dignidad médica, no se le cuenta que su mismo amigo, médico en la región bosnia, le dijo que para esa gente el precio de la vida está tan ligado, está esencialmente ligado con la sexualidad, que a partir del momento en que de ese lado ya no hay nada, la vida, pues bien, bien hace uno también en deshacerse de ella. Ahora bien sin duda ése es un término que no le es indiferente a Freud, por la razón que sea, en ese momento de su vida. En todo caso, seguramente no se puede decir que sea un nudo, un lazo que sea repelido por él de alguna manera, ya que es justamente en la medida en que eso interesa doblemente, primero por su práctica, recuerden el texto (por lo menos aquellos que

ⁱⁱⁱ *Volant*: supernumerario. Lo volante es, en español, lo que no tiene asiento fijo, lo que es de quita y pon. No se aplica, sin embargo, para hablar del personal que es, *strictu sensu*, supernumerario, por no figurar en la plantilla [N. del T.].

^{iv} Cfr. *Standard Edition*, Imago Publishing, nota 2 (Freud 1950^a, carta 96): “On the dalmatian coast of the Adriatic now known as Dubrovnik, Freud’s companion on the drive was a Berlin lawier named Freihaw.”...

aún lo conservan fresco en la memoria), recuerden la función que hace intervenir otro nombre propio, el nombre de un pueblito, de un pueblito que queda al pie del paso de [...] que se llama Trafoi, donde recibió la noticia, precisamente, de la muerte de uno de sus pacientes que no pudo tolerar tal decadencia de su potencia viril y que se mató. Recibió su noticia cuando estaba en Trafoi. Por otra parte, todo el mundo sabe bien que en ese momento precisamente su pensamiento se concentra sobre la importancia fundamental, psíquica, estructurante de las funciones del sexo y del apego del sujeto a todo lo que de ahí se desprende. Es justamente en esta medida que no avanzará, que no avanzará lo que podría informar sobre aquello que en cierta forma ha dado como otra característica de su clientela particular de médico [...].

¿Qué quiere decir esto? ¿Qué quiere decir que algo no está reprimido, que es revocado, un discurso, un discurso perfectamente formulado por él, y que ni siquiera necesita hacer esfuerzo alguno para volverlo a evocar, lo vuelve a evocar enseguida cuando da cuenta del asunto? ¿Qué quiere decir que los efectos, no de una represión sino de un discurso reintroducido, *unterdrückt*, hasta para usar el término que tenemos a nuestro alcance en el vocabulario freudiano, al interesarse en ese sujeto que la articulación, que la distinción, que la definición entre *unterdrückt* y *verdrängt* no está convenientemente articulada. Ahí está *Rede*, un discurso... un discurso que, sobre la media velada cosida de esta extraña manera por el interior y el exterior, un discurso que pasa al exterior [...] es *ausdrückt*, si le dan a *aus* no el sentido que tiene en ex-presar, sino *pasar afuera*, *hin aus*. ¿Y entonces qué? Cómo se logra? ¿Por qué atrae eso? ¿Y qué es lo que sucede para que en ese momento algo se perturbe (y eso es... y ahí es donde Freud puso el acento), algo se perturba que da como resultado que ¿qué sale de Signorelli? Es que, en el fenómeno singular que aquí llamamos *olvido*, y del que les dije antes que era igualmente un mecanismo de la memoria, ante el hueco que produce y que todos conocen por experiencia, todos saben qué pasa cuando buscamos justamente el nombre propio que no logramos encontrar; pues bien, se producen cosas. Se produce una metáfora, se producen sustituciones. Pero es una metáfora muy singular, puesto que esa metáfora es totalmente la contraria de aquella cuya función pude articularles, función creadora de sentido, de significación, de sonidos, de sonidos puros que llegan.

¿Y por qué extrañamente ese BO de Boticelli, término tan cercano a Signorelli, tan cercano que hasta hay más de lo que Freud dijo al respecto; y no es sólo el ELLI lo que sobrenada, es también el O de Signorelli-Boltraffio. Sin duda aquí la otra parte la aporta Trafoi, pero todavía ese BO... y ese BO, Freud lo encuentra enseguida, sabe muy bien de dónde proviene: viene de otra pareja de nombres propios que son propiamente hablando Bosnia-Herzegovina. Y el HER de Herzegovina, ¿qué es? Ese *Herr* del relato, ese *Herr* en torno al cual gira entonces algo, ¿acaso no está ahí... aquí dejo el texto, el texto de Freud, pues lo que quiero mostrarles es que, aquí todo sucede como si, por el hecho de la acomodación del sujeto en el *Herr* fuertemente esclarecido por la conversación, ubicado en la cima del acento de lo que viene a constituir la confianza del uno al otro de los sujetos, es como si el BO viniese a ubicarse allí en alguna parte en un punto marginal. ¿Y qué es lo que designa si no el lugar desde donde el *Herr* hala a Freud?

Lo que Freud no dice en ese primer tanteo, porque aún no puede verlo, articularlo, porque la noción ni siquiera ha visto la luz, ni siquiera ha emergido plenamente en la teoría analítica, lo que no ve, es que la perturbación en cuestión aquí está esencialmente vinculada

con la identificación. Ese *Herr* en cuestión es ese *Herr* que ha conservado en este caso todo su peso y toda su atrevimiento; que no quiere dejarse llevar con ese simple hombrecito de leyes un tanto más lejos hacia la confianza médica; aquí, es el médico, el Herr, aquí está, Freud, identificado por una vez con el personaje médico, que tiene mucho cuidado ante el otro.

¿Pero qué es lo que pierde? Allí pierde como su sombra, su doble, que tal vez no es tanto, como lo dice el texto el Signor... eso tal vez sea ir demasiado lejos, como siempre se va en la traducción, en el sentido de dar [...] En lo que me respecta, me vería llevado antes bien a ver que el O de Signor no se ha perdido en absoluto, y hasta se duplica en ese Boltraffio, ese Boticelli; si se piensa que es el *sig*, que igualmente es tanto el *signans* como el *Sigmund* Freud, lo que resulta ubicado en el punto de escotoma, en el punto en cierta forma ciego del ojo, es el lugar de su deseo propiamente hablando, en la medida en que es el verdadero lugar de su identificación, ya que todo esto tiene que ver mucho como lo que el año pasado les evoqué respecto a la función de la mirada en la identificación que (no omitan esto, que está en el texto, e igualmente articulado sólidamente, y dejado sin solución) y es que Freud anota que en varios de los casos que él ha puntualizado de esa manera, tiene lugar algo absolutamente singular, en el momento mismo en que él fracasa buscando el nombre de Signorelli, tan admirado por él, ¿qué es lo que, incesantemente (déjenme adelantarme a mi propio discurso), qué es lo que no deja de mirarlo?

Digo que anticipo porque no es lo que Freud nos dice. Nos dice que en ese momento, durante todo el tiempo que buscó el nombre de Signorelli (y terminó por hallarlo, alguien le dio ese nombre; no lo halló él mismo), durante todo ese tiempo la figura de Signorelli, que está en el fresco de Orvieto, en alguna parte abajo a la izquierda y con las manos juntas, la figura de Signorelli nunca dejó de estarle presente, provista de un brillo particular. Le paso aquí la pelota a alguien que, atento a mis comentarios, me planteaba recientemente la pregunta ¿qué quiere usted decir exactamente, qué es lo que queda escrito en el texto de su seminario cuando dijo que el sujeto, desde donde se ve, no es de ahí desde donde se mira? Y recuerden también lo que les dije que era el cuadro: el verdadero cuadro es mirada; que es el cuadro el que mira al que cae en su campo y en su captura; que el pintor es el que, del Otro^v, ante él hace bajar^{vi} la mirada.

Aquí Signorelli, y en la misma medida en que reluce en esta falsa identificación, en ese falaz entrecruce de la superficie en la que Freud se engancha, se sostiene y se rehúsa a dar todo su discurso, lo que ahí pierde de esa identidad cernida de ese hueco del nombre perdido y de ese *sign*... de ese *sign* encarnado hasta en el término a través de una especie de prodigiosa suerte del destino, que allí está de verdad escrito, escrito en significativo, ¿qué sale ahí? Pues la figura, la figura proyectada ante él de él que ya no sabe desde dónde se ve, el punto desde donde se mira.

Porque esa S del esquema, en la que les he mostrado que se constituye la identificación primordial, la identificación del rasgo unario, la identificación del I, desde donde en alguna parte todo se localiza para el sujeto, de esta S, él no tiene por supuesto ningún punto. Es aquello por lo cual el punto de nacimiento está por fuera, el punto de emergencia de cualquier creación que pueda ser del tipo del reflejo, del tipo de lo que se ve, de lo que se

^v La versión dactilográfica de este seminario, producto de la estenotipia inicial, dice “del otro”.

^{vi} [hace bajar ante él/...], comentario al margen en el texto establecido por Michel Roussan.

organiza de secreto, de lo que se localiza, de lo que se instituye como intersubjetividad. Este esclarecimiento que aparece de repente sobre la imagen misma de aquel cuyo nombre está perdido, de aquel que se presentifica como la falta, es en verdad... y Freud nos deja la cosa en suspenso, en cierta forma nos deja [...] nos deja su rendición, como se dice sobre ese asunto, es la aparición de ese punto de emergencia en el mundo, de ese punto de surgimiento a través del cual, lo que en el lenguaje sólo puede traducirse por la falta, viene al ser.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENs HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo.

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com